la separación de la enseñanza y de la religión es también, en el *laicismo* utilitario, una consecuencia lógica del criterio general que el utilitarismo aplica á la educación intelectual de los pueblos.

Yo quisiera, señores, aun con lo poquísimo que sé, tener espacio para escribir sendos libros acerca de uno y otro asunto; pero aquí no puedo ni siquiera consagrar á cada uno de ellos las páginas que exigirían las buenas proporciones de mi trabajo. Sin embargo, para la brevedad que en adelante necesito podrá servirme el haberme detenido á considerar en general mi asunto; como sirve, por ejemplo, en un tratado de derecho civil, para abreviar razones en la parte especial, el haberse extendido oportunamente en la investigación de los elementos jurídicos generales.

IV

La flor del clasicismo es, sin duda, el helenismo, pues la obra y el espíritu de los romanos, por lo que á *humanidades* se refiere, no es sino un remedo más ó menos fiel de la obra y del espíritu griegos. Hasta en el derecho, cuando éste va siendo menos original y más *humano*, influye, en lo esencial, el espíritu griego; y si para el arqueólogo jurídico importa hoy más el derecho de piedra, el derecho estricto de las *XII Tablas,* que el derecho que preparó la última trasformación, la justiniana; para la vida social, para la universalización del derecho romano, importa más la última etapa de aquella gran vocación jurídica, la reflexiva, la influida en parte por el pensamiento griego. Sí; en todo lo que toca á *humanidades* el helenismo es la flor del clasicismo. ¿Y qué es el helenismo? Mejor se siente que se dice. Si yo fuera pintor, pretendería figurarlo en un cuadro que repro-

dujera un diálogo de Platón en que Sócrates discurre apaciblemente, rodeado de sus amigos, á orillas de un río famoso, no por su cauce, sino por las ideas y la poesía del país por donde corre. Mientras las aguas risueñas se deslizan murmurando, Sócrates deja correr la vida, meditando desinteresadamente acerca de la naturaleza divina de las ideas: asunto de valor universal que á todos los hombres importa y que no interesa particularmente á ninguno.

«Nosotros, los helenos, dice Esquines en el discurso de la Corona, hemos vivido una vida más que humana y hemos nacido para ser eterno objeto de la admiración de los hombres (1).» Hipócrates atribuye esta superioridad á la influencia benéfica del clima; Aristóteles apoya esta opinión, y Herodoto se cree en el caso de asegurar, bajo testimonios poderosos, que los discursos que atribuye á varios señores persas acerca de la mejor forma de gobierno son auténticos, porque teme que no se crea verosímil que aquellos hijos del Oriente se porten como si fueran helenos; porque para Herodoto son cualidades características de su raza la política, la filosofía y los delicados goces del gusto. Para M. Egger, á quien sigo en todo esto, en el discurso que Tucídides pone en boca de Pericles,

(1) Egger: libro citado.

en el segundo libro, está la expresión más elocuente de lo que los mismos griegos entendían, en los tiempos mejores, por helenismo. Si durante los días de la decadencia el helenismo se opuso al aticismo, refiriendo esto á la pureza del lenguaje; y si durante la Edad Media fué para los doctores cristianos helenismo sinónimo de paganismo, en tiempos modernos, y fuera de lamentables excepciones, la concordia del cristianismo y del noble espíritu helénico fué definitiva y sincera. En 1872, el ministro de Grecia en Londres, Braïlas Armeni, pronunciaba en griego dos conferencias para expresar, dice M. Egger, con gran elevación de pensamiento y elocuencia, estas dos condiciones del progreso moderno, esta concordia necesaria entre el principio cristiano y las doctrinas liberales de la filosofía antigua; concordia en que se da á Grecia todo su valor en cuanto maestra del espíritu moderno en los dominios de las artes y del ideal. «Preguntar, concluye M. Egger, si el helenismo sigue siendo y será siempre un objeto útil de estudio, si debe conservar su papel en nuestra educación clásica, es preguntar si queremos algún día renegar de nuestra historia y de las tradiciones comunes á todos los europeos civilizados, borrar el recuerdo de todo lo que Grecia ha hecho por nosotros, directamente ó por conducto de Roma. Semejante

cuestión, ¿no está resuelta en cuanto está planteada?» (1)

No, contesta el utilitarismo por todas partes, mientras que los más sesudos y expertos pedagogos de todos los países cultos contestan: sí, en una y otra nación europea. Votos como el de Renan, como el de Egger, como el de Boissier, como el de tantos y tantos sabios criados en el estudio serio y profundo del clasicismo, no deben contarse, según M. Frary. ¿Qué han de decir los que viven del jugo de la historia clásica? Dejemos, pues, á los literatos y á los filólogos. Vamos á los hombres de Estado, á los sociólogos, á los pedagogos.

Pero antes permítaseme una observación. Si atendemos, en general, á los dos campos en que se divide la opinión, veremos que, por lo común, los que piden la abolición del griego y del latín no saben ni latín ni griego; no han sido educados clásicamente, á lo menos con fruto, y juzgan la cuestión sin conocer uno de sus términos; saben lo que *no es* la enseñanza clásica, pero no saben lo que *es*. A estas gentes es inútil hablarles de las ventajas que el espíritu de cada cual, y por consiguiente el espíritu social, reporta del conocimiento concienzudo de los cálsicos, del hábito de comunicar con aquella civilización antigua. No han expe-

(1) Libro citado, pág. 126.

rimentado esa influencia, no han sentido la transformación del alma al influjo de estos estudios y contemplaciones de lo clásico. Ellos niegan ese poder, niegan ese influjo, porque no han sentido su acción; en rigor no hay argumento que valga para quien juzga desde tal punto de vista. Los del campo contrario, los sabios profesores, los arqueólogos de la literatura, los filólogos, en el lato sentido de la palabra, hablan de lo que saben, reconocen la benéfica influencia del clasicismo porque han pasado por ellá, porque le deben lo mejor de su cultura. Cuando Goethe vuelve de Italia, él, que tanto había perfeccionado ya antes su espíritu, todavía trae nuevos veneros de idealidad grande, tesoros de belleza para su alma, toda una vida nueva que le transforma y mejora: es que ha penetrado hasta la medula del genio del clasicismo. ¿Qué hará si un *romancista* ignorante ó un *romántico* sin cultura clásica le niegan las grandezas, el mérito sublime de la nueva vida que trae consigo? Encogerse de hombros. Por lo común no cabe discutir, por esto, porque no hay con quién; no cabe más que hacer lo que se debe, salvar la idealidad histórica salvando la tradición clásica. Verdad es que hay excepciones de lo dicho, y así, por ejemplo, lo es el tantas veces nombrado M. Frary, que, según se ha reconocido por muchos, es un buen humanista. Sí lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

será, aunque puede muy bien saber griego, latín, literatura y filosofía griegas y latinas... y no comprender, sin embargo, por qué Goethe cambió tanto en Italia, ni por qué Renan se lamenta de no haber nacido en tiempo de Minerva, ni por qué Otfried Müller se apasiona por la Helade hasta morir víctima de aquel Apolo que lanzaba á lo lejos sus saetas. Mas fuera de esas excepciones, poco numerosas, quien vota en contra del latín y del griego, suelen ser los ayunos de estudios clásicos. ¿Para qué sirve eso? preguntan muchos, los más, todo el vulgo irrespetuoso, que ahora es casi todo el vulgo. ¿Cómo queréis saber para qué, si no sabéis lo que es? En cambio, escuchad á Rollin, escuchad á Michelet, por ejemplo, y veréis cómo persuade su entusiasmo por las letras antiguas y por las lenguas que las expresan. Rollin, el venerable autor del *Traité des Études*, obra que hoy, después de tantos años, cita uno y otro escritor de pedagogía, Rollin demuestra con viva elocuencia el influjo moral de los clásicos en la educación y en la enseñanza; y, hablando para su siglo, parece que habla para el nuestro cuando dice: «El gusto de la verdadera gloria y de la verdadera grandeza se pierde de día en día, y más cada vez. Hombres nuevos, embriagados con su propia fortuna, nos acostumbran á no admirar ni estimar nada más que sus enor-

mes riquezas, á mirar la pobreza y hasta la mediana posición como una vergüenza insoportable...» Rollin aplica el contraveneno de la sencillez y sobriedad de que dan ejemplos los grandes hombres del clasicismo, á esa corrupción que, hoy más que en su tiempo, es la principal laceria de las sociedades adelantadas.

Michelet, el ilustre historiador artista, recordando sus estudios de la Universidad, *nobles estudios*, exclama: «¡Griego, latín! ¡palabras, palabras! ¿Para qué sirve esto? ¡Para qué! Ya lo veis. El talento (*l'esprit*) sostiene el carácter. Estas lenguas son mucho más que lenguas; son los monumentos en que aquellas sociedades han puesto su alma, en lo que tiene de más noble, de más moralizador. El que vive de eso queda ennoblecido. ¡Palabras, sonidos, el vacío! No, realidades. Estas lenguas son almas; cada una es la personalidad de un pueblo. El griego es el Agora, y todo el movimiento de aquellas ciudades se aprende en su lenguaje. El latín es el *atrium* patricio, donde el jurisconsulto da sus *responsa* á los clientes.»

Mas ¿á qué seguir con este género de testimonios? Es necesario, aunque sólo sea por abreviar, huir de las citas vulgares, de los lugares comunes que tantas veces han salido á luz con motivo de esta cuestión de los estudios clásicos. No hay para qué citar la autoridad de hombres

de Estado, como Gladstone y tantos otros, que comprendieron la necesidad de defender el clasicismo, las humanidades; no hay para qué entonar himnos á las excelencias del genio griego y del genio latino. Vengamos á lo más reciente, y como preliminar é *ilustración* para examinar después, en general, y por propia reflexión, la materia, comenzaré por decir algo de lo que caracteriza en cierto modo la discusión de los estudios clásicos y su situación actual en algunas de las naciones más importantes desde este punto de vista. Mas es claro que en el corto espacio de que dispongo, ni he de recorrer todos los pueblos de civilización adelantada, ni he de referirme á la multitud de fuentes que existen para estudiar el asunto, pues á estas horas forma toda una biblioteca lo que se ha escrito en pro y en contra del griego y del latín, y aun para procurar soluciones medias que concilien las pretensiones radicales. Para mi objeto me bastará escoger, con respecto á cada nación de las que voy á traer á examen, algunos datos importantes, que se distingan por uno ú otro motivo.

Nada quiero deciros, por ejemplo, de los Estados Unidos; aquella nacionalidad, relativamente nueva, tiene un género de vida, un espíritu completo que á los europeos no nos es tan fácil comprender, y sobre todo sentir, como se figu-

ran los que se contentan con leer libros como los de Tocqueville, Bryce y hasta Laboulaye; tal vez para las cuestiones de política formal, de costumbres sociales someramente examinadas, basta ese género de investigación; mas no ciertamente para penetrar más adentro en el alma de un pueblo. Además, para mi objeto no importa detenerse en lo que sea la enseñanza clásica en aquella gran nación que, aunque llevara diferente rumbo del que á nosotros puede convenirnos, pudiera tener motivos especiales, como tiene especial carácter y diferente destino. Y sin embargo, sabido es que en el trabajo de reflexiva y laboriosa asimilación de la cultura europea clásica, la instrucción pública de la poderosa República, tan floreciente y *rica* en todo lo que depende de las atenciones que la nación pueda prestarla, no deja de cuidar los estudios *estéticos*, *retóricos*, de *humanidades*, con particular esmero, como prueban los programas de la enseñanza, los cuadros de asignaturas, los catálogos de libros de texto, etc., etc. Los norteamericanos parece que representan el espíritu positivo, el medro económico, la prosa moderna, el laconismo del negocio; mientras que el pueblo francés parece ser el verbo del tradicional espíritu latino, pueblo retórico por excelencia. Pues bien: vistas las cosas de cerca, y por lo que depende de la instrucción popular, ele-

mental, autores muy respetables nos ofrecen, comparados, un extraño fenómeno que contradice tales apariencias. Miguel Breal, en el excelente libro antes citado, examinando con gran sagacidad los defectos de la enseñanza del idioma nacional en las escuelas, declara que el pueblo francés, el que no llega á la educación de gimnasios y liceos, el que no pasa de la rudimentaria primera enseñanza... no sabe hablar apenas; y lo prueba con el ejemplo de lo que sucede en las reuniones públicas populares, de los socialistas, v. gr., en que son muy pocos los que saben hablar, en que la mayoría lucha con la imposibilidad de comunicar sus ideas y sentimientos. Ese lenguaje popular, desmañado, incongruente, que ha copiado la literatura festiva y hasta se ve en las leyendas de las caricaturas francesas; lenguaje en que junto á las incorrecciones de la jerga vulgar resaltan los graciosos disparates de palabras retumbantes y escogidas de un modo absurdo para significar ideas á que no corresponden, ese lenguaje tiene en parte su causa, para M. Breal, en la descuidada y rutinaria manera de la enseñanza gramatical en las escuelas francesas. En cambio, en esos Estados Unidos, donde no se puede decir que se deba la prosperidad pública al *esteticismo* de la enseñanza, se observa todo lo contrario de lo que lamenta M. Breal en el pueblo que,

no en vano, se cree heredero de griegos y romanos. En un libro interesante y útil que acaba de publicarse, con el título de *La enseñanza en los tres Continentes* (1), su autor, Catton Grasby, dice, hablando de la importancia que en los Estados Unidos se da al estudio del lenguaje en las escuelas, que tales lecciones «son el suplemento de todas las demás, y probablemente el fundamento de la facultad de fácil expresión y corrección en el discurso que se nota entre las masas del pueblo americano.»

¿Nada dice esto en pro de la enseñanza no utilitaria? Sí; primero porque esa atención esmerada á la producción correcta, *bella*, del lenguaje, aun en el pueblo, es una manifestación del perseguido *esteticismo*; y, sin embargo, se ve que es el pueblo rico y positivo por excelencia quien se toma ese trabajo por la *retórica*. Pero hay más; para que la enseñanza popular pueda tener los caracteres y cualidades capaces de producir tales resultados, es necesario que el profesorado popular esté influído por el clasicismo; y así como M. Breal pide con razón que los profesores de las escuelas normales sean miembros de la Facultad de Letras, tengan estudios superiores, se puede decir, en general,

(1) *Teaching in three continen's: Personal notes on the educational systems of the World:—by W. Catton Grasby*; p. 69 (Language Lessons).

que para que llegue á la enseñanza primaria ese benéfico reflejo de las buenas disciplinas, de las humanidades, necesario es que se conserve en los grados superiores de la instrucción el espíritu clásico, la tradición que hace posibles esos buenos frutos.

Mas, volviendo á Europa, antes de deciros algo de las más grandes é importantes naciones, quiero recordar palabras llenas de autoridad con que un griego moderno contesta indirectamente á los que, como Frary, opinan que el estudio de las lenguas clásicas es respetado por los liberales en virtud de una inconsecuencia, tal vez por ley del *misoneísmo* ó aborrecimiento de lo nuevo, que ha estudiado recientemente un fisiólogo ilustre italiano. Si la *cuestión del latín* y del griego estuviera estrechamente ligada al *método* de los jesuítas y á sus propósitos, en gran parte tendría razón Frary; el amor á los clásicos y á sus idiomas significaría una tendencia, por lo menos, estacionaria. Pero nada tiene que ver que se siga estudiando el clasicismo, y cada vez con más esmero, con que se estudie como quieren los jesuítas, y para lo que ellos quieren. Por eso, decía, contestan á semejantes argumentos las palabras que monsieur Guerin copia de una sátira que el griego moderno Alejandro Soutzo dirige al gobierno de Othón y de sus Bávaros: «Tomáos el trabajo de

pensar que cerca de vosotros existe una clase de hombres pequeños por la edad, pero que cada año crecen un dedo, mientras vosotros os vais encorvando hacia la tierra. Esa clase de hombres estudia, medita, reflexiona en los colegios, en las escuelas, en las academias, y no está satisfecha del todo... *Todos leen las vidas de Plutarco,* las *Filípicas de Demóstenes*, *La República de Platón.* Añadid á esto que la lengua griega está dotada de un singular privilegio: está penetrada por el soplo de la libertad; cada una de las letras que la componen es una bala que silba contra la tiranía.»

Estas palabras, que nos revelan cuál es el espíritu de la Grecia moderna respecto del estudio de las sagradas antigüedades de sus orígenes, no sólo sirven para rechazar la idea de que el clasicismo signifique reacción, aristocracia, Estados sin libertad, etc., etc., sino también para deshacer el argumento de este género que pudiera salirme al paso al tratar ahora del gran defensor de la enseñanza clásica allá en Rusia.

En efecto: el célebre redactor de la *Gaceta de Moscou*, el ilustre Katkof, cuya opinión tanto pesaba en el Gobierno de Rusia, era, como todos saben, el amante por excelencia del espíritu eslavo, el defensor de la Rusia tradicional y de sus grandes destinos; y entre los medios, no todos liberales, con que contaba para sostener

el poder de los Zares, unido, según él y según la mayor parte de los rusos, á la prosperidad del Imperio; entre las armas morales que esperaba que le diesen la grandeza futura de su pueblo, estaba el mantenimiento y auge de la enseñanza clásica. Ayudábale en esta campaña, sostenida en la *Gaceta de Moscou*, Leontief; pero muerto Katkof, sus contrarios, que eran en esta cuestión casi toda la prensa y casi toda la Universidad, renovaron los ataques al clasicismo, y en el Consejo del Emperador, á pesar de los esfuerzos del ministro actual de Instrucción pública, Delianof, defensor ardiente del antiguo sistema, la mayoría de los votos fué para la causa utilitaria, grito de guerra contra el clasicismo. Pero así como Guillermo II, el emperador de Alemania, en recientes y famosas alocuciones condenaba el clasicismo y el predominio de su estudio, con frases y formas que yo no he de juzgar en una solemnidad oficial como ésta, Alejandro III, el Zar de todas las Rusias, siguiendo opuesto camino, acaba de decidir, contra la mayoría de su propio Consejo, el famoso pleito de la instrucción clásica, dando la razón al difunto Katkof y decretando el mantenimiento del sistema actual de enseñanza. Durante la discusión de tal litigio, algunos amigos del célebre publicista reunieron sus escritos acerca de la cuestión, y no ha mucho los publicaron con

el título de *Nuestra reforma de la enseñanza* (1). De un examen que de parte de esta obra publica la *Nouvelle Revue* del 15 de Julio último, haré un ligero extracto, á mi manera, para aprovechar de tal enseñanza lo que me parezca oportuno.

Dice el publicista ruso, que un corresponsal le pide que le convenza de las ventajas del clasicismo con argumento más poderoso, más íntimo que el ejemplo de los países más civilizados. Y con gran profundidad y discreción, Katkof contesta que ni un artículo de periódico, ni siquiera un libro, bastan para crear una convicción interior plenamente razonada; para convencerse de esas ventajas de la enseñanza clásica, hace falta la *experiencia viva*, ó por lo menos el estudio serio y atento de todos los datos del problema pedagógico. La mayor parte de los que afirman, y están dispuestos á jurar, que la tierra gira alrededor del sol, no serían capaces de demostrar la verdad de lo que afirman y jurarían.» Recuérdese que más atrás, por mi propia cuenta, he dicho algo semejante al comenzar esta parte de mi discurso. En efecto, estas ventajas no se demuestran por *a más b*, ni en pocas palabras, y más hay que sentirlas y experimentarlas que otra cosa.

(1) *Nacha Outschebnaia Reforma*, por Miguel Katkof. Moscou: 1891.

Las cuestiones pedagógicas, continúa Katkof, se derivan de las especulaciones más trascendentales. Sí, ciertamente; y por eso, aunque sin la profundidad que el caso requería, he procurado consagrar lo más de este discurso á la cuestión fundamental, general, según yo la entiendo.

Para Katkof es un argumento poderoso el ejemplo de las naciones europeas más adelantadas; si nosotros, viene á decir, humildemente las imitamos en todo lo que se refiere á la cultura; si reconocemos la superioridad de estos maestros que libremente escogemos, ¿por qué no hemos de creer que si la educación clásica llevó á esos pueblos al estado envidiable que nos proponemos por modelo, la educación clásica nos llevará á nosotros á la perfección que buscamos?

Este raciocinio del ilustre escritor ruso tiene mucha fuerza en cualquier parte. Los pueblos más adelantados, los que figuran á la cabeza de la civilización, no son otros que aquellos donde las disciplinas del clasicismo se cultivan con más atención y esmero. Alemania, Inglaterra, Francia, cada una en un respecto, han sido hasta ahora las naciones más fieles á las humanidades: mientras en nuestra España, por ejemplo, olvidando una gloriosa tradición, los estudios de este orden, como todos, andan por el

suelo; porque no cabe negar que la decadencia española donde más se nota, donde más dolorosa aparece, es en cuanto se refiere á la actividad individual, sobre todo en la instrucción pública; digo que mientras esto se observa en España, donde hay literatos distinguidos que tienen á gala no saber griego ni latín, en Francia, en Inglaterra, aun en Italia, en Alemania sobre todo, el siglo XIX ofrece el hermoso espectáculo de una especie de segundo renacimiento de las materias de filología clásica, aunque en estas últimas décadas vuelve á sentirse cierta decadencia, y sobre todo lucha general contra esa inclinación. ¿No tendrá ninguna relación este cultivo esmerado de las letras clásicas con la prosperidad de la vida intelectual, de las letras y las artes en esas naciones privilegiadas? Sin duda alguna. Casi todos los grandes hombres de esas naciones, aquellos, quiero decir, que lo son en las esferas de uno y otro género de *artes liberales*, casi todos han tenido por incentivo de su vocación y por auxilio en sus adelantos una sólida instrucción, basada en las humanidades. De otro modo cabe presentar nuestro argumento. Por lo menos, el clasicismo puede ofrecer como fruto suyo todas las grandezas de nuestra civilización moderna en la esfera intelectual. Que el clasicismo puede dar buenos resultados, nos lo dice la historia, pues